## 14. La desolación de Cristo

Los pastores vieron que la soledad de Jesús los esperaba. Cristo necesita nuestra soledad para unirla a la suya y convertirla en un lugar de comunión, de amistad, de amor. Cuando llegan los pastores, el Niño ni siquiera está acurrucado en el regazo de su madre. Está solo, solo en el pesebre, como un día estará solo en la cruz, solo en la tumba. Entra en mi soledad, la hace toda suya, la convierte en toda nuestra junto con Él, en nuestro compartir más íntimo, en el templo santo de nuestro encuentro. Él me consuela y yo le consuelo a Él. Él está conmigo y yo estoy con Él. Él es mi Emanuel, yo me convierto en el suyo. El Dios-con-nosotros es consolado por el hombre-con-Dios.

Pero este intercambio de soledades consoladas no es un círculo cerrado. La soledad de Cristo es un abismo sin fondo. Jesús está solo, solo sin todos aquellos que aún no están con Él. Él está con nosotros; nosotros aún no estamos todos con Él. Él tiene sed de consolar y salvar la soledad de toda la humanidad. La consolación que nos dona abre entonces en nosotros un abismo de compasión que nos remite, como a los pastores, hacia toda la soledad humana que espera siempre y en todas partes recibir el mismo anuncio: «Hoy (…) os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor.» (Lc 2,11).

La desolación es quizá la palabra que mejor resume la tragedia de la condición humana. Ante las numerosas tragedias de hoy en día, prevalece la sensación de encontrarnos ante algo desolador, ante una desolación sin palabras, sin definiciones, como cuando nos topamos con un dolor inocente, el sufrimiento inocente de los pequeños, de los indefensos.
Qué actual es este sentimiento en un momento de la historia que, como todas las épocas, nos recuerda que cada hecho histórico, como las guerras en Ucrania y en Oriente Medio, tiene dimensiones a la vez universales y particulares. La desolación es precisamente ese sentimiento humano, o ese sentimiento de lo humano, que abarca el dolor del mundo en su totalidad sin olvidar que esta totalidad es siempre un conjunto de personas individuales, de relaciones familiares y de amistad concretas.

Es la desolación del propio Jesús, capaz de llorar por Jerusalén y todo su pueblo, capaz de llorar por un único amigo que yace en el sepulcro; capaz de sentir compasión por toda una multitud cansada y hambrienta, capaz de sentir compasión de una única viuda que acompaña a la tumba el cadáver de su único hijo.

El siervo de Dios Paolo Takashi Nagai, radiólogo japonés que sobrevivió a la bomba atómica lanzada sobre Nagasaki y que posteriormente se convirtió en un gran testigo y profeta del significado de aquella tragedia, describe en su autobiografía el impacto que le causó la desolación total de Nagasaki y de su familia. De hecho, encontró a su esposa Midori reducida a un montículo de huesos calcinados y, junto a ella, la cadena de su rosario quemado, que estaba rezando cuando cayó la bomba.
Una escena dantesca, pero no infernal, porque Nagai atraviesa el páramo atómico donde todo está reducido a polvo, con un corazón en el que el amor y la fe, por gracia, prevalecen sobre la desesperación. Pero son precisamente el sentimiento y la experiencia de la desolación los que predominan como dolor, como exigencia, como súplica. Hasta descubrir que incluso esa desolación, Cristo ya la había hecho suya, al sufrir y morir en la Cruz.

La adecuación del cristianismo a la experiencia humana universal, al drama humano universal, radica por completo en el hecho de que Cristo abrazó toda la desolación humana al sufrirla en la Cruz. La Cruz es el misterio de la desolación del Hijo de Dios que abraza toda la desolación, tanto inocente como culpable, de la humanidad.

Este misterio se ha ido gestando a lo largo de toda la historia de Israel. Sobre todo, los profetas hablan de la desolación del pueblo y de Jerusalén, una desolación que es también un abandono por parte de Dios a causa de la infidelidad del pueblo.
«No seáis como vuestros padres y hermanos, que fueron infieles al Señor, Dios de sus padres, y este los entregó al exterminio [desolación], como estáis viendo». (2 Crónicas 30,7)

«Esto dice el Señor del universo, Dios de Israel: Testigos sois de la catástrofe que he descargado sobre Jerusalén y sobre todas las ciudades de Judá, que todavía podéis contemplar desoladas y deshabitadas». (Jeremías 44,2)

Pero es precisamente esta desolación total la que Cristo experimenta y hace suya en la Cruz. En el punto álgido de su vida, Jesús está solo, porque ha sido abandonado por los hombres y porque se siente abandonado por el Padre. Las relaciones con Él son ahora todas de insulto, indiferencia y burla:

«Los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: "Tú que destruyes el templo y lo reconstruyes en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz". De igual modo, también los sumos sacerdotes comentaban entre ellos, burlándose: "A otros ha salvado y a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos". También los otros crucificados lo insultaban. Al llegar la hora sexta toda la región quedó en tinieblas hasta la hora nona. Y a la hora nona, Jesús clamó con voz potente: *Eloí Eloí, lemá sabaqtaní* (que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"). Algunos de los presentes, al oírlo, decían: "Mira, llama a Elías". Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber diciendo: "Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo". Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró.» (Mc 15,29-37)

Contemplar a Cristo a la luz de la desolación que asume es quizás la mejor manera de comprender hasta qué punto se ha adentrado en lo más profundo de nuestra humanidad y hasta qué punto permanece presente en ella, verdaderamente «Emmanuel», verdaderamente Dios-con-nosotros, en el drama más profundo de nuestra vida que cada uno de nosotros debe afrontar, aunque solo sea en el momento de la muerte.